

“LAS VÍCTIMAS NECESITAN SENTIR QUE NO ESTÁN SOLAS”

Entrevista a María Emma Wills

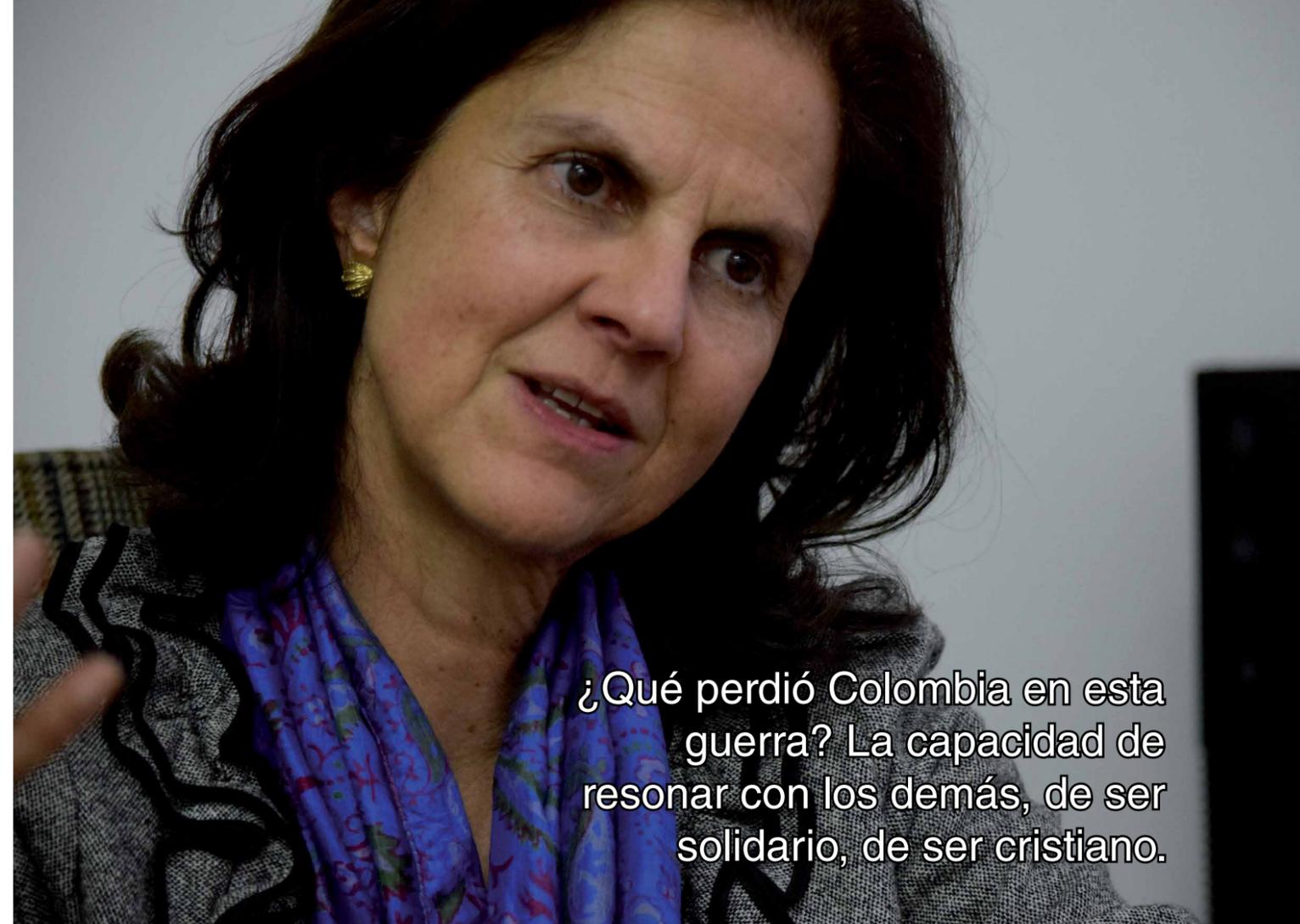
Alejandra Martínez Roa

Trabajadora social. Magíster en Investigación de Problemas Sociales Contemporáneos.

María Emma Wills es la asesora de la Dirección General del Centro Nacional de Memoria Histórica en Bogotá. Es licenciada en ciencia política, ha dedicado gran parte de su vida a estudiar los derechos humanos y la violencia a nivel mundial, y se ha especializado en investigar el tema de género en el conflicto armado. Además, hace parte de la Comisión histórica del conflicto y sus víctimas. Hablamos con ella sobre la importancia del género en la guerra y las Iglesias como agentes de paz.

Alejandra (A): ¿Porque trabajar con las víctimas? ¿Cómo llegaste a este campo?

María Emma (ME): En la formación de mi identidad profesional quedó una huella católica cristiana, desde la infancia. En estos valores, hay una solidaridad y un trato con los demás que están en el corazón mismo de ese compromiso católico. Creo que hay un llamado de atención permanente de “tú no eres solo para ti, como individuo egoísta, autocentrado y narcisista”



¿Qué perdió Colombia en esta guerra? La capacidad de resonar con los demás, de ser solidario, de ser cristiano.

Por lo tanto ¿por qué trabajar con víctimas? Ahora, en el país, ellas son las que más exigen una actitud de solidaridad por parte de los católicos y cristianos en particular. No entiendo cómo profesar una fe y darles la espalda a las víctimas de todos los sectores. Algunas de ellas serán católicas, otras no, pero son hijos e hijas de Dios. ¿Por qué les vas a dar la espalda?

Así uno no sea católico, la ciudadanía se fundamenta en ciertos principios de solidaridad. Quienes piensan que no tienen compromisos con sus congéneres son los que pueden dejar pasar eventos y procesos que llevan a autoritarismos y dictaduras. El ciudadano aislado no existe, sino el que está en medio de una institucionalidad y de una sociedad que va tomando decisiones. Cuando le violan los derechos a otra persona, en el fondo el mensaje es: “en algún momento, si tú no te pronuncias frente a eso, puedes perderlos también”.

Tanto desde la fe como desde la ciudadanía, tienes un compromiso con los otros. Por lo tanto, cuando uno ve que no hay un eco del dolor de las víctimas, lo

que está viendo es una sociedad enferma que pierde la capacidad de vincularse con los otros, un ser humano que deja de resonar con el sufrimiento ajeno.

A: Se dice que es muy importante tener en cuenta la voz de las víctimas, ¿Qué tenemos que escuchar de ellas?

ME: Cuando empiezas a hacer trabajo de campo en las regiones del país, lo que encuentras es que muchas de esas víctimas están supremamente heridas y han sufrido, no solo por parte de los actores armados, sino que también hay una desolación espiritual muy profunda, porque nadie, cercano o ajeno, se movió para protegerlas, porque se preguntan: “¿Dónde están los otros o es que no les importa lo que me está pasando a mí?”

¿Qué perdió Colombia en esta guerra? La capacidad de resonar con los demás, de ser solidario, de ser cristiano, de mostrar que puede ponerse en el lugar del otro y de establecer vínculos éticamente dignificantes para todos.



A: Oyéndolos recuperamos esa humanidad...

ME: Y expresamos una solidaridad perdida, un estar con los otros en el mundo, un saber que no soy solo yo.

A: En todo este trabajo que ha hecho el Centro de Memoria durante estos años, ¿cuál crees que es la voz más fuerte de las víctimas, a qué nos llaman como sociedad?

ME: A una mayor solidaridad, a que expresemos en la práctica por qué ellas no están solas. En una de las marchas de estudiantes, una joven llevaba un cartel que decía: “Bojayá: No están solos”, eso es lo que piden las víctimas. A la institucionalidad le corresponden responsabilidades como hacer presencia para proteger sus derechos, garantizar la vida y generar oportunidades a través de una educación digna, pero al ciudadano de a pie le corresponde decir: “Esto no te puede pasar a ti, porque siento tu dolor, no soy indiferente”.

Hay una psiquiatra que condujo una gran investigación de salud mental en el país y decía que la mayoría de colombianos no sabe leer el sufrimiento aje-

no. Cuando vamos en un bus ya no reconocemos que el otro está totalmente deshecho.

A: El papa Francisco dice en la carta Laudato Si, que el otro también es naturaleza.

ME: Ahí tenemos mucho que aprender de las comunidades indígenas y afro porque tienen un lenguaje bellissimo para expresar que somos uno con la naturaleza y el territorio. También es un llamado de las víctimas a reconocer la pluralidad que representa Colombia. Justamente, esas personas que han sufrido tanto, en muchas ocasiones, tienen una ética del cuidado que expresan a través de metáforas poéticas de una fuerza increíble.

Hay tantas expresiones de Jesucristo -que recuerdo de dibujos que me mostraban cuando era niña-, en las que Él básicamente toma partido por las personas más vulnerables, por los niños o por los enfermos. Y lamentablemente, en Colombia hay muchas personas vulnerables porque la institucionalidad no llega, pero tampoco llega la sociedad civil; están desamparados, aislados y sujetos a la arbitrariedad de los armados. Eso pasa porque no sabemos cómo rodearlos de manera más eficiente

y asumiendo que sus derechos son tan importantes como los nuestros.

A: Me impactó, en el lanzamiento del libro del Centro de Memoria, “Hasta encontrarlos” sobre las desapariciones forzadas, saber que Bogotá es la ciudad con más desaparecidos, después de Medellín.

ME: Hay otro libro sobre la desaparición forzada de Carlos Mario Perea donde él básicamente reconstruye cómo se ha instalado una cultura que hace que haya personas asesinadas o desaparecidas y que eso no se vea como un problema de justicia. Hay una legitimización detrás que justifica esas muertes. Ese relato también nos habla de cómo fuimos perdiendo una sensibilidad moral y cómo la sociedad tiene un problema por lo que acepta como legítimo. Se han corrido los límites a través de la guerra y la sociedad ha vuelto aceptable lo inaceptable. Por eso, las comunidades de fe tienen el papel de volver a trazar esa línea roja para que podamos vivir como seres humanos en comunidad.

A: ¿Qué se está propiciando en Bogotá para que la memoria de las víctimas sea escuchada?

ME: El Distrito tiene el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación que tiene toda una proyección y un trabajo muy interesante. Hay una iniciativa de recuperación de tradiciones y saberes culturales de las víctimas, porque esa es una entrada para dignificar y verlas como sujetos históricos, como agentes de cambio. Por otra parte, vamos a trabajar con maestros de instituciones escolares, incluso estamos buscando hacerlo con algunos colegios bilingües privados. Ahí estamos haciendo esfuerzos por introducir la memoria como un hilo de trabajo.

A: Hablemos de la Iglesia y la reparación de las víctimas...

ME: En Ruanda, la Iglesia Católica es muy poderosa, hay muchos creyentes y hace poco tiempo los obispos hicieron una petición de perdón por el papel que habían jugado en el genocidio: o fueron indiferentes, o participaron!

Creo que las comunidades de fe, tiene un papel fundamental en reconstruir el tejido social y en reparar simbólicamente a las víctimas, en devolverles la dignidad, pero también creo que la Iglesia tiene un papel fundamental rector en términos de qué es lo más importante para el país. Que se sepa que la rendición de cuentas, que las peticiones de perdón o que reconocer los errores son acciones de humanos y de valientes, porque solo la gente muy valien-

te, muy sólida espiritualmente y psicológicamente es capaz de decir “pido perdón”.

A: Aparte de esos actos de perdón, ¿qué más podríamos hacer como Iglesia Católica, para reivindicar a las víctimas?

ME: Sería bonito que en las homilias hubiera un momento para escuchar a una víctima. Seguramente, en la mayoría de parroquias las hay, lo que pasa es que no se les da un lugar de escucha y hay miedo, pero si ellas están allí y se sienten rodeadas, respetadas, dignificadas es posible que puedan hablar.

A: ¿Las parroquias también como espacios de recuperación de la memoria?

ME: Las parroquias son lugares de encuentro de muchas personas. Me imagino este tipo de ejercicios: vamos a darle la palabra 10 minutos a alguna víctima de nuestra comunidad. Pero eso implica que la persona que está al frente perciba, de quien tiene la autoridad en el lugar, una actitud explícitamente más comprometida con las víctimas, que las busque y las acoja.

Sería un gesto muy bonito. Se me ocurren exposiciones, esas víctimas a veces expresan sus vivencias a través de poesía o las pintan, otras cosen. Yo me imagino a las iglesias, también como lugares donde se reconoce ese saber, esas estéticas y se les da un lugar sagrado que es una forma de sacralizar la vida de nuevo, las víctimas son seres humanos capaces de crear belleza y queremos que ustedes reconozcan esa belleza de la cual ellos son portadores.

A: ¿Cómo sería seguir tendiendo puentes entre la Iglesia y las víctimas, entre la Iglesia y el Centro de Memoria?

ME: Podríamos hacer cineforos, porque creo que todos los documentales que tenemos dan para conversaciones muy profundas sobre qué es una ética cristiana, qué harías en una situación así, qué haces frente al dolor ajeno, frente al sufrimiento de otros. Yo creo que lenguaje es lo que hay.

La Iglesia puede ser un lugar de acogida de todas las víctimas, todos son seres humanos que merecen respeto. Conociendo a tantas víctimas, percibo que hay muchas que aún están muy rotas por dentro, que necesitan ser escuchadas y no todo el mundo tiene la posibilidad de encontrar un lugar en dónde ser escuchadas de verdad. Quizá, si hubieran podido ser escuchadas con esmero y solidaridad,



muchas no tendrían esa rabia, ese resentimiento ni ese dolor.

¿Qué es el resentimiento? es una piedrita que puede convertirse en una piedrota que desencadena venganza. Pero allí no está implicado el que resiente sino los que están alrededor que no escuchan, que no ayudan a transitar a esa persona hacia la paz consigo mismo y con los demás. A las víctimas tampoco les vamos a cargar el perdón; el que debe pedir perdón es el perpetrador. Las víctimas tienen todo el derecho a decir "no perdono", pero sí debemos acompañarlas para que esos sentimientos de agravio no se transformen en la semilla de genera-

ciones que van a buscar venganza, porque si no me parece que no hicimos la tarea.

A: *¿Por qué hablar de diversidad cuando se habla de víctimas?*

ME: Reconocer la diversidad y pluralidad tiene que ver actualmente con la capacidad de estar juntos en el mundo sin hacernos daño, reconociendo la dignidad de la que cada ser humano es portador. Eso me lo enseñaron Jesucristo y la Constitución Nacional. La dignidad no es algo que se pierda, entonces la pregunta para las comunidades de fe católica es ¿cómo reconocemos la dignidad plural?

Lo que debemos reconocer es que en las comunidades de víctimas no todos son iguales, no vienen de las mismas tradiciones de fe o de las mismas culturas y por lo tanto hay diversidad. Conversar con respeto y dignidad, desde la aceptación de que somos y pensamos distinto, es clave para reconocer que hombres y mujeres no sufrieron de la misma manera los impactos de la guerra ni los niños ni los adultos ni los indígenas ni los afros.

Te voy a dar un ejemplo. Yo soy vecina del Club El Nogal, la bomba explotó en el 2003. Yo estaba con mi hija de 4 y salimos a la ventana a ver. Había una llamarada y había niños que estaban jugando en el parque, había uno que tenía a sus papás en El Nogal, todo eso lo vimos por 10 o 20 minutos y las sirenas empezaron a oírse por todo lado. Yo simplemente le agarraba a mi hija la mano y decía: "Dios mío, ¿qué es este horror? ¿Qué está pasando?" Y llamaradas y llamaradas, el grito del niño como de 7 años que salió empitado... Si le preguntas a mi hija, ella lo recordará diferente, la

diferencia es generacional, cómo recuerda ella y cómo recuerdo yo.

Cuando fui al campo vi que la forma de recordar de las mujeres, la manera en que van hilando un relato, es distinta. La mayoría de ellas habla del hogar, de las maticas que tenían... Por ejemplo, en Trujillo, Valle, donde trabajamos con ellas, muchas hablaban de lo que perdieron en esa gran masacre, que duró varios años por el desplazamiento, sus relatos ponían el énfasis en ese hogar, en ese lugar privado y familiar que tenían para cuidar a sus seres queridos. Los hombres hablaban desde otro lugar: su relato tenía que ver más con la organización campesina, cuánto estaba produciendo, cuántos eran los proyectos productivos que tenían. Igual hay mujeres que te hablan de eso, depende de la trayectoria de las personas, pero lo que tenemos que reconocer es que si vas a ser reparador en procesos de memoria histórica no puedes homogenizar, ni pensar que todo el mundo sintió y vio igual esta guerra porque no es verdad. Si yo voy a reparar tengo que escuchar aceptando la diferencia.Ⓜ



Las víctimas son seres humanos capaces de crear belleza y queremos que ustedes reconozcan esa belleza de la cual ellos son portadores.

Foto de Isabel Valdés para el CNMH.